



→ bre el ascensor social como entelequia y la distancia cada vez más insalvable entre clases sociales, sobre la precarización de los oficios de las mujeres, sobre los cuidados y su imposición por género, etcétera. Y al mismo tiempo no puedo eludir la cuestión económica. Camila Sosa Villada habla sobre la diferencia entre capital y capital simbólico: el simbólico importa cuando ya tienes capital. Como yo no lo tengo, el éxito para mí significa también poder sobrevivir gracias a mi trabajo, y que mi trabajo consista en escribir. La novela no me ha permitido dejar mis trabajos como *freelance*, pero sí rechazar propuestas muy mal pagadas, que en otras circunstancias me habría tocado aguantar. Yo no vivo de la literatura, sino de sus alrededores, y como escritora cobro solo a veces. Merecería la pena preguntarnos en qué condiciones se han escrito los libros que leemos.

En tu poemario *Chatterton* también abordabas la cuestión de la precariedad. ¿Es más complejo tratar temas sociales desde la novela o desde la poesía?

No sé si es más complejo, pero desde luego es muy distinto. La novela exige un horario constante cada día y una planificación que en mi poesía no existe. Pero no me parece que el género literario implique una dificultad mayor o menor con respecto al tema, porque por ejemplo en la poesía española hay una tradición apabullante de poesía social, e incluso en el *Poema de Gilgamesh* existe ya

una reflexión sobre el poder y las clases. En todo caso, la repercusión de la novela sin duda es mucho mayor. Publiqué mi primer libro hace casi veinte años, pero muchos consideran que *Las maravillas* es mi debut, o que la poesía servía de entrenamiento para la novela, cuando para mí la poesía es el género central de mi escritura. Se venden más novelas y resultan más rentables, ocupan un espacio mayor en librerías, en medios... y crece esta percepción de los demás géneros como de menor relevancia. Como todo, siempre: es cuestión de dinero.

En la novela desafías frontalmente la idea de meritocracia, y se la ha calificado como "generacional" por su retrato del precariado.

Me siento cómoda cuando se habla sobre la novela como una novela política, o social, o comprometida, porque esa intención ideológica marcó la escritura desde su inicio; sin embargo, no tengo tan claro que se trate de una obra generacional, porque trata sobre asuntos que alcanzan más allá de unas fechas determinadas. La precariedad y la pobreza, las clases sociales... Afectan a quienes nacimos durante los años ochenta, pero también a generaciones anteriores y posteriores. ¿Qué edades tienen quienes conducen en Uber o reparten en Glovo o Amazon? No tengo claro que nuestra generación se haya desengañado de esa trampa de la cultura del esfuerzo. A mí me educaron en la creencia de que la formación me aseguraría un trabajo es-

table y un buen sueldo y unos años cotizados para jubilarme tranquila, y en cambio vivo igual, o peor, de lo que vivían mis padres a mi edad. Tengo claro que sucederá así siempre, la grieta entre clases es cada vez más profunda, y por mucho que te esfuerces el origen social y económico continúa siendo una losa. Me asombra el auge de la autoayuda, eso del "suéñalo y lo conseguirás" o "aprende de los malos momentos", y sobre todo su mercantilización, eso de vender el optimismo como un producto, la esperanza como un eslogan en una taza o una libreta.

¿Somos el dinero que nos falta?

Por supuesto. El extracto de nuestra cuenta bancaria es nuestra biografía más fiel: cuánto dinero tienes, cuánto ingresas y cuánto gastas, en qué lo empleas, qué alquiler o qué hipoteca pagas, dónde compras tu comida, etcétera.

Destacas la importancia social y económica de los cuidados, mayoritariamente ejercidos por las mujeres. ¿El Covid ha ayudado a que seamos más conscientes?

No soy demasiado optimista en general, y tampoco con los efectos de la pandemia: me parece que la empatía inicial acabará dándose la vuelta y desembarcará en egoísmo, en un individualismo todavía más áspero. Los oficios de los cuidados son casi siempre femeninos, y son siempre precarios. ¿Cuántas amas de casa han trabajado durante décadas sin recibir un sueldo a cambio, con derecho a seguridad social porque alguien las "recoge"? ¿Cuántas mujeres

dejan a sus familias para cuidar de las familias de otros? ¿Cuánto cobran una cocinera, una limpiadora? ¿Cotizan a la seguridad social, les pagan en un sobrecito y gracias? ¿Qué ocurre cuando las cuidadoras enferman?

¿Nos falta establecer un diálogo sobre lo que supone el feminismo en las diferentes generaciones de mujeres?

Por supuesto. Ese diálogo implica también un ejercicio de genealogía: el reconocimiento pendiente al esfuerzo de mujeres que han luchado desde el feminismo de base, en los barrios, en pequeñas asociaciones y desde la militancia, cuando declararte feminista te estigmatizaba. El personaje de María es el homenaje que quiero brindarles a todas ellas: sin su esfuerzo de décadas, generoso y en absoluto agradecido todavía, no existirían manifestaciones ni pancartas.

¿Crees que alguien contará esto algún día?", se pregunta uno de los personajes. ¿Has pagado una deuda escribiendo *Las Maravillas*?

He contado una historia, varias historias: las de María y Alicia, la de Carmen, las de los personajes con los que se cruzan. No sé si he pagado una deuda, si he llenado un vacío... Sí me gustaría pensar que estas historias han servido para que quienes lean la novela se pregunten por las suyas propias, por las historias que les precedieron, por las historias de quienes les rodean. Más que lo que la novela pueda contar, me interesa lo que la novela pueda despertar. ●

"YO REALMENTE NO VIVO DE LA LITERATURA, SINO DE SUS ALREDEDORES, Y COMO ESCRITORA COBRO SOLO A VECES"